

Llegué a Tokio disfrazado de árabe.

En la salida del aeropuerto me estaba esperando una pequeña comitiva de la universidad, pese a que era pasada la medianoche. Uno de los profesores japoneses, evidentemente el jerarca, fue el primero en saludarme en árabe, y yo sólo le sonreí con tanta cortesía como ignorancia. Una chica, que supuse la asistente del jerarca o una estudiante de posgrado, llevaba puesta una mascarilla blanca y unas sandalias tan delicadas que parecía estar descalza; no paraba de inclinar la cabeza hacia mí en silencio. Otro profesor, en mal español, me dijo bienvenido al Japón. Un profesor más joven me estrechó la mano y luego, sin soltarla, me explicó en inglés que el chofer oficial del departamento de la universidad me llevaría enseguida al hotel, para que descansara antes del evento de la mañana siguiente. El chofer, un viejo canoso y chapa-

rro, estaba vestido de chofer. Tras recuperar mi mano y agradecerles a todos en inglés, me despedí imitando sus gestos de reverencia y salí persiguiendo al viejo canoso y chaparro, quien ya se había adelantado en la acera y caminaba bajo una ligera llovizna con pasos nerviosos.

Llegamos en nada al hotel, que además quedaba muy cerca de la universidad. O al menos eso creí entenderle al chofer, cuyo inglés era aún peor que las cinco o seis palabras que yo sabía en árabe. También creí entenderle que ese sector de Tokio era famoso por sus prostitutas o por sus cerezos, no me quedó muy claro y me dio pena preguntar. Se estacionó frente al hotel y, con el motor aún encendido, se bajó del carro, corrió a abrir el maletero, dejó mis cosas en la puerta de entrada (todo, se me ocurrió, con la desesperación de alguien a punto de orinarse) y se marchó murmurando unas palabras de despedida o de advertencia.

Yo me quedé de pie en la banqueta, un tanto confundido pero contento de finalmente estar ahí, entre el estrépito de luces de la medianoche japonesa. Había escampado. El asfalto negro brillaba neón. El cielo era una inmensa bóveda de nubes blancas. Pensé que me caería bien caminar un poco antes de subir a la habitación. Fumar un cigarrillo. Estirar las piernas. Respirar el jazmín de la noche aún tibia. Pero me dieron miedo las prostitutas.



Estaba en Japón para participar en un congreso de escritores libaneses. Al recibir la invitación unas semanas atrás, y después de leerla y releerla hasta estar seguro de que no era un error o una broma, había abierto el armario y había encontrado ahí el disfraz libanés —entre mis tantos disfraces— heredado de mi abuelo paterno, nacido en Beirut. Nunca antes había estado en Japón. Y nunca antes me habían solicitado ser un escritor libanés. Escritor judío, sí. Escritor guatemalteco, claro. Escritor latinoamericano, por supuesto. Escritor centroamericano, cada vez menos. Escritor estadounidense, cada vez más. Escritor español, cuando ha sido preferible viajar con ese pasaporte. Escritor polaco, en una ocasión, en una librería de Barcelona que insistía —insiste— en ubicar mis libros en la estantería de literatura polaca. Escritor francés, desde que viví un tiempo en París y algunos aún suponen que sigo allá. Todos esos disfraces los mantengo siempre a mano, bien planchados y colgados en el armario. Pero nunca me habían invitado a participar en algo como escritor libanés. Y me pareció poca cosa tener que hacerme el árabe durante un día, entonces, en un congreso de la Universidad de Tokio, si eso me permitía conocer el país.



Durmió vestido con su uniforme de chofer. Eso pensé al verlo de pie a mi lado, quieto, impávido, esperando a que yo terminara mi desayuno para llevarme a la universidad. El viejo tenía las manos detrás de la espalda, la mirada hinchada y perdida en un punto preciso de la pared delante de nosotros, en la cafetería del hotel. No me saludó. No me dijo ni una palabra. No me apuró. Pero todo él parecía un globo lleno de agua a punto de reventar. Y yo tampoco lo saludé, entonces. Sólo bajé la mirada y seguí desayunando lo más lento que pude, mientras leía mis apuntes en un papel membretado del hotel y practicaba en voz baja las distintas formas de decir gracias en árabe. Shukran. Shukran lak. Shukran lakum. Shukran jazelan. Luego, al terminarme el caldo de miso, me puse de pie, le sonreí al globo blanquinegro a mi lado y me fui a servir más.



Mi abuelo libanés no era libanés. Lo empecé a descubrir o entender hace unos años, buscando pistas y documentos en Nueva York de su hijo primogénito, Salomón, fallecido de niño no en un lago, como me habían dicho mientras crecía, sino allá, en una clínica

privada de Nueva York, y enterrado en algún cementerio de la ciudad. No logré ubicar ningún documento del niño Salomón (nada, ni uno, como si tampoco hubiese muerto allá, en una clínica privada de Nueva York), pero sí encontré el cuaderno de bitácora —el mismo, en perfecto estado— del barco que llevó a mi abuelo y sus hermanos a Nueva York, el 7 de junio de 1917. El barco se llamaba el SS Espagne. Había zarpado de Ajaccio, la capital de Córcega, a donde todos los hermanos habían llegado con su madre tras salir huyendo de Beirut (días o semanas antes de viajar rumbo a Nueva York, la habían sepultado a ella ahí mismo, pero hoy nadie sabe de qué murió mi bisabuela, ni dónde en la isla está su tumba). Mi abuelo, según leí en el cuaderno de bitácora del barco, tenía entonces dieciséis años, estaba soltero, hablaba y leía francés, trabajaba como dependiente (Clerk, a máquina) y su nacionalidad era siria (Syrian, a máquina). Al lado, en la columna de Race or People, también estaba escrito a máquina la palabra Syrian. Pero luego el oficial de migración se corrigió o se arrepintió: tachó esa palabra y, encima, a mano, escribió la palabra Lebanon. Y es que mi abuelo siempre decía que él era libanés, dije, el micrófono apenas funcionando, aunque Líbano, como país, no se estableció hasta 1920, o sea, tres años después de que él y sus hermanos salieran de Beirut. Antes de eso, Beirut era

parte del territorio sirio. Ellos, legalmente, eran sirios. Habían nacido sirios. Pero se decían a sí mismos libaneses. Acaso por raza o pueblo, como estaba escrito en el cuaderno de bitácora. Acaso por identidad. Y es que yo soy el nieto de un libanés que no era libanés, le dije al público de japoneses en la universidad de Tokio, y boté el micrófono. No sé si por respeto o confusión, el público de japoneses permaneció mudo.

Mis abuelos vivían en un palacio. Para mí, al menos, era un palacio. Contaban que mi abuelo libanés, en un largo viaje por México a mediados de los años cuarenta, se había enamorado de una casa y luego había hecho llegar a Guatemala al mismo arquitecto mexicano, con los mismos planos azules enrollados bajo el brazo, y construirle esa misma casa en un terreno que recién había comprado sobre la avenida Reforma. No sé si esa historia es cierta. Probablemente no, o no tanto. Pero poco importa. Toda casa tiene su historia, y toda casa para alguien es un palacio.

Recuerdo su aroma. Cada mañana, una sirvienta chaparra e iracunda llamada Araceli recorría la casa entera —el inmenso vestíbulo, las tres salas, los dos comedores y dos estudios, el salón de billar y los seis dormitorios del segundo piso—, sosteniendo un in-

censario de hojas de eucalipto. Mi hermano y yo le teníamos miedo a aquella viejita de nuestra misma altura, gritona, canosa, uniformada de negro, que siempre parecía emerger como un espectro entre una nube de humo blanco. Me es imposible olvidar el efecto que esa dosis diaria de eucalipto, durante décadas, había tenido en las paredes y la duela de madera y las alfombras persas que mi abuelo había traído de Beirut. Pero la casa no sólo olía a eucalipto. Era un aroma mucho más complejo, mucho más elegante, formado también por todas las fragancias y especias que emanaban como almas desde la cocina. Allí se mantenía Berta, la cocinera, que mi abuela egipcia se había robado de un restaurante de comida guatemalteca (El Gran Pavo), y a quien luego había adiestrado ella misma en el arte culinario árabe y el arte culinario israelí (aunque seguro que la hay, yo, afortunadamente, nunca supe la diferencia). Allí freían falafel y kibbes. Horneaban bagels, pan pita, sambuseks de queso, de espinaca, de berenjena. Hacían mujaddara (jaddara, decía mi abuelo): exquisito plato de arroz y lentejas servido con cebolla frita y una salsa de yogur, pepino y hierbabuena. Hacían yapraks: hojas de parra rellenas de arroz, carne de cordero, piñones y tamarindo. Preparaban, en ocasiones muy especiales, un guiso sefardí, de hervido largo y lento (veinticuatro horas), llamado jamín. Hacían

yogur fresco, diferentes quesos y mermeladas. En la alacena siempre había botes llenos de rosquitas de anís, bandejas con rombos de baklavá, unos barriles de madera con las aceitunas (negras, moradas, verdes) que mi abuelo importaba de Líbano. Pero Berta, allí, en la cocina, también volvía a sus raíces guatemaltecas y hacía hilachas de carne y pollo en jocón y tamales y pepián y caquic y un maravillosamente espeso atol de elote. Y también allí, todas las noches, en una pequeña jarrilla de cobre, Berta le preparaba a mi abuelo su café turco con semillas tostadas de cardamomo, pues necesitaba él una tacita de café turco para poder dormir.

Mi abuelo se sentaba a la cabecera del comedor, la jarrilla de cobre en la mano y su meñique ligeramente elevado (chispaba su anillo con un diamante de tres quilates), sirviéndoles a todos una tacita de café turco, quisieran o no. Daba él sorbos recios, maleducados. Gritaba en árabe si no estaba hirviendo. Y es que en la casa de mis abuelos el café turco era mucho más que café: era un rito, una cadencia, un hechizo, un punto final a cosas dulces y amargas, la última de las cuales coincidió con la visita de una prima argentina llamada Berenice.



Ella es tu prima Berenice.

Yo estaba hincado en la alfombra persa del vestíbulo, haciendo columnas con las monedas de póquer de mi abuela. Justo encima de mí brillaba el enorme candelabro que siempre creí de diamantes y que requería un complicado sistema de poleas y manivelas para poder limpiar. Era de noche. Sentí vergüenza de estar en pijama y pantuflas.

A ver, niños, salúdense, y nos dejaron solos.

Coloqué una moneda. Se derrumbó la columna roja.

¿Todas de un mismo color?

Berenice se sentó frente a mí. En su boca había un hoyo negro en lugar de dos o tres incisivos. Tenía el pelo más rubio que yo había visto jamás: era casi plateado. Llevaba puesto un ligero vestido rosa. Sus rodillas estaban todas raspadas.

Escuchame, ¿las torres tienen que ser de un mismo color?

No sé, logré balbucir.

Rápido quedó establecida la jerarquía. Yo aún no había perdido ningún diente.

Más bonito mezclar colores, dijo.

Los adultos bebían y charlaban en la sala mientras a nosotros parecían caernos encima los carraspeos y ronquidos desde el segundo piso.

¿Qué es eso?, me preguntó, su frente arrugada, su mirada hacia arriba. Eso, le dije, es el Nono.



Berenice había llegado de Buenos Aires con sus papás a visitar al Nono. Así le decíamos al marido de una de las hermanas de mi abuela, Nono, un viejo de pelo blanco y ademanes lentos y cariñosos. Recuerdo cuatro cosas de él. Uno: que era un puntual feligrés de películas de vaqueros. Dos: bivas, kreskas, engrandeskas, komo un peshiko en aguas freskas, amén, decía en su ladino natal (había nacido en Salónica, Grecia), cuando alguien estornudaba. Tres: huyó de París recién casado con una de las hermanas de mi abuela, pocos días antes de la ocupación alemana, dejando intacto y amueblado el apartamento que habían comprado en la rue de Vaugirard, y que perdieron. Y cuatro: de pronto apareció postrado en un camastro blanco en la galería del segundo piso de la casa de mis abuelos.

Nunca entendí por qué el anciano se mudó a la casa de mis abuelos, ni tampoco por qué se le instaló allí fuera, en la galería, y no en una de las seis habitaciones que se mantenían desocupadas. Pero de pronto allí apareció: muy enfermo, raquítrico, siempre acompañado por una enfermera y siempre en camisón blanco, murmurando incoherencias y tendido boca arriba en aquel camastro que habían colocado en el fondo de la galería del segundo piso

—frente a tres grandes ventanales—, una galería que bordeaba todo el perímetro del segundo piso y cuya baranda de hierro daba hacia el inmenso vestíbulo de entrada.

Desde entonces empezaron a llegar familiares de otros países, a visitarlo. Y desde entonces empezaron a resonar los carraspeos y ronquidos del Nono como una perpetua tempestad por toda la casa.



Más bonito así, susurró.

Los dedos largos de Berenice seguían deshaciendo mis columnas azules, negras, amarillas, y luego formando nuevas columnas, intercalando las monedas de póquer con calma y destreza. Estaba concentrada. Por el hoyo negro de su sonrisa se asomó un pedacito de lengua.

¿Qué me mirás, vos?

Nada.

Nada será.

No miro nada.

Algo me mirás.

Me quedé callado y Berenice continuó colocando monedas, despacio, cuidadosa.

Más tarde, dijo, te muestro mis nalgas.



Las gradas de la casa de mis abuelos eran majestuosas.

Subí dos, dijo, ahora bajá una. Así.

Uno empezaba a subir las gradas, sobre la alfombra color vino tinto, hasta llegar a una especie de descansillo, a medio camino.

Ahora, dijo, vos quedate aquí.

Obedecí y me quedé en el descansillo, donde las gradas se bifurcaban y donde uno entonces tenía que decidir si seguía subiendo por la izquierda o por la derecha, o sea, hacia los tres dormitorios de la izquierda o los tres dormitorios de la derecha (aunque la amplia galería era una sola y le daba la vuelta a todo el perímetro del segundo piso).

Ahora, dijo, metete abajo.

Allí, en el descansillo, había una mesita de cedro con rosas frescas y una balanza de bronce y fotografías enmarcadas: por si acaso, suponía yo, le era difícil a uno decidir si continuaba subiendo por la derecha o por la izquierda y quería permanecer un rato en el descansillo, descansando.

Pero qué feos son, dijo, su mirada hacia arriba.

Encima de la mesita de cedro, colgado alto en la pared, había un grandioso relieve de hierro forjado de dos caballos relinchando: un diseño que mi abuelo había copiado de un vaso de jaibol.

Mejor me escondo aquí, dijo, con vos.

No cabíamos bajo la mesita de cedro.

Cuando cuente hasta tres, dijo Berenice, vos subís por la derecha y yo subo por la izquierda y entonces gana el primero en llegar y tocar al Nono. ¿Listo?

Ella contó hasta tres. La dejé ganar. Ni loco quería tocar al Nono.



Los niños estábamos cenando en la mesa de los niños, en el pantry, y los adultos en el comedor, justo a un costado. De vez en cuando Berta venía desde la cocina con una bandeja de kibbes recién fritos, con más gajos de limón, con más tahina, con otro pichel de horchata o agua de canela. Berenice había movido a mi hermano de lugar para situarse a mi lado, y me habló todo el tiempo de sus amigas en Buenos Aires, de su apartamento en Buenos Aires, de sus dos gatos en Buenos Aires. Cuando sirvieron los postres, mi papá se asomó al pantry y anunció que fuéramos al comedor, rápido, que el tío Salomón estaba a punto de leer el café turco.

¿Leer el qué?, me preguntó Berenice, agarrándome fuerte el antebrazo mientras todos los primos empujaban sillas y se iban corriendo y gritando.

El café turco, le dije.

¿Y cómo se lee eso?

Berenice seguía sentada, sujetándome el antebrazo.

Le expliqué que primero alguien se tomaba una tacita de café turco, y que después el tío Salomón agarraba la tacita y se quedaba mirando los granos de café en el fondo y le decía a esa persona su futuro.

Mentira, dijo soltándome.

Es verdad.

Berenice abrió más los ojos.

¿Y a vos te ha leído tu café?

Sólo funciona con gente grande.

Yo quiero que me lea mi café, exclamó.

Pero si no sos grande.

Casi, se defendió.

Berenice ya se había puesto de pie y estaba caminando deprisa hacia el comedor y yo me fui tras ella, más por ella, desde luego, que por el espectáculo del tío Salomón y el café turco.



El tío Salomón no era mi tío, sino un primo de mi abuela. Pero igual todos le decíamos tío Salomón. Era un viejo alto, delgado, apenas calvo, de voz áspera, ojos celestes y tez beduina. Siempre iba vestido impecable: con saco y corbata y gemelos de oro y mocasines tan lustrosos que parecían nuevos. Era el único

que constantemente le ganaba a mi abuelo al backgammon, en la mesa de concha y nácar que se abría y desdoblaba como una enorme caja china. Podía quitarse medio pulgar, el tío Salomón. Podía silbar con la boca cerrada. Podía sacar pequeñas monedas de mi oreja o cigarrillos de mi nariz. Me introdujo, en naipes que me obsequiaba en secreto, a mis primeras mujeres desnudas. No sé por qué, acaso debido a una sensación de equilibrio o simetría, me gustaba saber que él y su hermano se habían casado con dos hermanas.

¿Te lo tomaste todo, querida?, preguntó.

La madre de Berenice se limpió los labios, hizo una mueca compungida y le dijo que sí, que casi todo, que sólo quedaban ahí los residuos del café molido.

En el fondo de tu taza, le dijo él, resta una sesentava parte del café.

¿Cómo una sesentava parte?, preguntó ella.

El tío Salomón cerró un poco la mirada y frunció un poco la frente y le dijo que, según las discusiones rabínicas del Talmud, el fuego es una sesentava parte del infierno, y la miel una sesentava parte del maná, y el shabát una sesentava parte del mundo del porvenir, y el dormir una sesentava parte de la muerte, y los sueños una sesentava parte de la profecía.

Ya, dijo ella.

Por su tono, a mí me pareció que la madre de Bere-

nice no conocía o quizás despreciaba esa manera de hablar del tío Salomón, a la vez paradójica y parabólica.

Ahora, querida, coloca el platito encima de tu taza, pero hacia abajo, volteado hacia abajo.

El comedor se había llenado de niños y adultos. La mayoría estábamos de pie, cerca del tío Salomón.

Bien, dijo. Ahora levanta la taza y el platito y, despacio, con cuidado, gira todo tres veces hacia tu izquierda. Es decir, en sentido contrario al reloj.

Hubo un silencio. La madre de Berenice, sonriendo nerviosa y contando en voz alta, giró la tacita tres veces, mientras desde su camastro del segundo piso también se hizo presente el Nono.

Muy bien, dijo el tío Salomón. Ahora, siempre con cuidado, y siempre sosteniendo la taza con tu mano derecha, coloca tu mano izquierda encima del platito. Eso es. Y para terminar, en un solo movimiento rápido, quiero que voltees todo a la vez hacia abajo.

¿Cómo que voltee todo hacia abajo? ¿La taza y el plato, juntos?

Eso es, juntos. Para que la taza quede boca abajo sobre el platito. Sin botar ni derramar nada, ¿entiendes?

Sí, sí, dijo ella y, tras suspirar, logró voltear la tacita y el plato y no derramó nada.

Alguien aplaudió.

Terminamos, querida, puedes dejar todo sobre la mesa, susurró el tío Salomón con calma, sacando un paquete blanco de la bolsa interior de su saco de gamuza. Y ahora un cigarrillo, dijo, mientras esperamos a que los granos de café se sequen y se asienten y nos digan algo.



Sus pasos. Eso fue lo primero. Oímos sus pasos sobre la duela de madera mucho antes de verlos parados en el umbral del comedor. Serios, bigotudos, en sus ceñidos uniformes verde caqui.

¿El señor de la casa?, anunció uno de los militares, más como orden que como pregunta.

Creo que nadie había oído el timbre, ni visto a Araceli atravesar el comedor en dirección a la puerta principal, para abrirles.

Mi abuelo se puso de pie. Caminó hacia ellos. Recuerdo que no se saludaron, no se estrecharon la mano. El mismo militar que había hablado dio media vuelta y salió del comedor con mi abuelo detrás de él. Poco después sonó el chirrido de la puerta del estudio, al cerrarse.

Uno de los militares siguió a Araceli hacia la cocina, otros dos se fueron a vigilar el vestíbulo y la puerta principal, y dos más permanecieron en el mismo